

JULIEN, F., *Il n'y a pas d'identité culturelle, mais nous défendons les ressources d'une culture*, L'Herne, París, 2016, 93 págs.

Otras obras del autor son: *Lu Xun. Écriture et révolution* (1979), *Fundar la moral* (1997), *Traité de l'efficacité* (1997), *China da que pensar* (2005), *Las transformaciones silenciosas* (2010), *Si près tout autre, De l'écart et de la rencontre* (2018), *Ressources du christianisme, Mais sans y entrer par la foi* (2018). El libro trata principalmente de la identidad cultural. El autor estudió lengua y pensamiento chinos en Pekín y Shanghái entre 1975 y 1977. De 1988 a 1990, fue presidente de la Asociación Francesa de Estudios Chinos. Su familiaridad con la cultura china es una clave esencial para acceder, entender e interpretar su pensamiento. Desde la perspectiva de la cosmovisión china cuestiona los fundamentos del pensamiento occidental.

El contexto en el que François Julien escribe *La identidad cultural no existe* es electoral. Las elecciones de 2017 estaban en el horizonte. En una Francia dividida y amenazada por el comunitarismo, Julien se cuestiona si todavía es posible defender la idea de la identidad cultural. Su pregunta se refiere a un debate presente en toda Europa: dónde situar los límites entre la tolerancia y la asimilación, entre la aceptación de las diferencias y la reivindicación de la identidad.

Su libro se compone de siete partes: la primera explora los conceptos de lo *universal*, lo *uniforme* y lo *común*. Éstos términos son entendidos a menudo como sinónimos y, por tanto, intercambiables. Por eso, no sólo debemos saber cómo distinguirlos sino también cómo extirpar de cada uno de ellos el equívoco que los contamina. Dice el autor que en lo *universal* hay un sentido de generalidad y *universalidad*. La debilidad del pensamiento europeo reside en haber vaciado el concepto de *universalidad* de su contenido de generalidad, para sustituirlo por la necesidad, transformándolo no en un *universal de facto* sino de derecho (*a priori*) y por lo tanto, impuesto.

El concepto de lo *uniforme* es igualmente equívoco. A veces se entiende mal,

al verlo como la realización de lo *universal*. François Julien afirma que es un error porque lo *uniforme* no es como lo *universal*: así como éste es fruto de la razón, aquel lo es de la producción o de la comodidad. Así, allí donde lo *universal* está orientado hacia el *uno*, lo *uniforme*, al contrario, tiende a favorecer la repetición. Esto es evidente en la cultura de la globalización.

A diferencia de lo *similar* que produce lo *uniforme*, lo *común* no representa lo *universal*. Lo *común* es dado, se comparte, es extenso. En resumen, así como lo *universal* se refiere a la lógica, lo *uniforme* se refiere a la economía y lo *común* a la política.

La segunda parte cuestiona el concepto de lo *universal* y se pregunta si no está ya anticuado. El autor parte de la observación de que este concepto es problemático a dos niveles: primero, en el contexto del encuentro de culturas, el concepto parece ser el producto de una cosmovisión cultural determinada. Segundo, dentro del sistema filosófico europeo, el principio de necesidad que afirma estar en su origen no se verifica. En las raíces de Europa, ¿no existe al mismo tiempo una herencia filosófica heredada de Grecia, una jurídica heredada de Roma y una religiosa heredada del cristianismo? Se puede así decir que Europa es en sí misma el resultado de una pluralidad de fuentes.

A partir de la tercera parte, se constata la influencia del pensamiento chino en la reflexión de François Julien. Aquí examina la noción de diferencia o brecha y se pregunta si no deberíamos hablar de fecundidad en lugar de hablar de identidad. Porque la identidad es un término viciado y obsoleto. Tiende al inmovilismo, a la parálisis, a romper el dinamismo propio de la cultura. Al distinguir diferencia de brecha, lo entendemos mejor. La diferencia clasifica. Clasificar es elegir una parte mientras se rechaza la otra. Por el contrario, la brecha mantiene la distancia. En lugar de clasificar, molesta. Invita a la prospección, mantiene en tensión.

La cuarta parte y quinta parte justifican los fundamentos de la afirmación de que no hay identidad cultural. Dice el autor que argumentar lo contrario equivaldría a favore-

cer un contexto propicio para el antagonismo. Sería recrear Babel y la reconstrucción de su torre. También equivaldría a proscribir estos espacios de fecundidad que hacen posible las transformaciones silenciosas. Por tanto, el autor propone los recursos culturales como espacios que facilitan la promoción de la diversidad y la construcción de una comunidad de sujetos. En estos espacios creativos, Babel se considera una oportunidad para el pensamiento. Los valores de las diversas culturas son considerados como una biblioteca de recursos que se utiliza cuando es necesario.

La sexta parte explica cómo se hace la transición de la brecha a lo común. De hecho, las brechas culturales abren nuevas posibilidades para descubrir otros recursos. Nos liberan de los guetos de nuestro pequeño «yo» narcisista. Lo común es, por lo tanto, un espacio de mediación e interacción, de intercambio y renovación: lo común es el lugar donde se abren las brechas y sirven para el despliegue de lo común. La reflexión hecha en la séptima parte establece que dentro de este espacio común es donde se hace posible el diálogo y donde «cada posición se abre a la otra».

¿Qué decir de la obra en su conjunto?

La obra destaca no solo por su brevedad sino también por su plausibilidad y claridad en cuanto a la explicación de conceptos como *diferencia*, *distancia*, *común* o *universal*. Si es verdad que filosofar es limpiar los conceptos de sus ambigüedades, podemos decir que el objetivo del autor ha sido alcanzado. Uno de los méritos que se pueden otorgar a este trabajo es el del esfuerzo de deslocalización del pensamiento que el autor lleva a cabo: replantear o cuestionar la herencia europea a partir de China. Lejos de adoctrinar, el pensamiento de François Julien libera. Es parecido a un bote salvavidas en el corazón de una Europa desorientada, que parece estar gradualmente fascinada por los repliegues identitarios frente a las amenazas planteadas por la crisis económica, la inmigración y el terrorismo. – ALBAN PASCAL NOUDJOM TCHANA.

DOMINGO MORATALLA, T. (Ed.), *Paul Ricoeur: voluntad de responsabilidad. Cuidar la vida, cuidar la ciudad. 10 textos de Paul Ricoeur sobre ética, política y responsabilidad*, Dykinson SL, Madrid, 2020, 163 págs.

Hemos de agradecer la reciente edición de diez textos inéditos en español del pensador francés Paul Ricoeur bajo el título *Paul Ricoeur: voluntad de responsabilidad. Cuidar la vida, cuidar la ciudad*. El agradecimiento viene dado porque estas páginas nos motivan a reflexionar y a hacerlo con una mayor claridad sobre conceptos como «moral», «ética», «política», «responsabilidad», etc. En momentos como los actuales, de una fuerte crisis económica, social y política, estos escritos nos plantean la cuestión sobre la responsabilidad del intelectual y del ciudadano medio con respecto a la sociedad. La responsabilidad aquí planteada no se reduce a la fidelidad a una convicción, o a la asunción de una imposición normativa dada por nuestro rol social. Como bien reza el título, la responsabilidad afecta a la voluntad. La voluntad de querer vivir juntos, cosa que, en esencia, no está garantizada. La paz social, la hospitalidad, es algo frágil y, por ende, algo de lo que somos responsables, como el padre lo es del hijo, por usar la metáfora de Hans Jonas.

Empecemos por el principio, es decir, por la portada. Bajo el título destaca un cuadro oscuro de estilo barroco en el que se ve a un hombre ricamente vestido. Podría ser perfectamente un comerciante holandés del siglo XVII, que apoya su mano en la cabeza de un busto de mármol de lo que parece un personaje griego, mientras mira hacia el infinito con gesto pensativo. Un lego en arte puede extrañarse de tal imagen en un libro dedicado a la reflexión ético-política; o no, y no darle más importancia y pensar que está esa imagen como podría el editor haber puesto un jarrón con flores. Pero nada más empezar a leer el interesante y esclarecedor prólogo de Tomás Domingo Moratalla, uno se da cuenta de la gran carga simbólica de la imagen. Se trata del cuadro de Rembrandt «Aristóteles contemplando el busto de Homero». En este cuadro, aparte de Aristóteles (muy anacrónicamente vestido